

go, y que llevaba al hombro una cruz de madera de dimensiones iguales á las que se conjetura tenía la de Cristo. Con el carácter descuidado y apático que reina en aquel país, no pudieron darme noticias exactas de ese hombre misterioso, que cruzaba las calles de la Ciudad Eterna con paso grave y con una cruz á cuestas. Unos me dijeron que era prusiano, otros que era ruso; unos que salía con la cruz todos los días, otros que solo los viérnes; pero todos convenían en que él decía que el hombre debe llevar la cruz de Cristo en espíritu y en verdad, y que por eso él cargaba con una de madera.

## SEGUNDO PASEO

POR LAS AFUERAS DE JERUSALEM.

*Sábado 10 de Marzo.*

*Sepulcro de María.—Gruta de la agonía.—Lugar de la traición de Judas.—Lugar donde durmieron los Apóstoles.—Sepulcros de Absalon, de Josaphá y otros.—Roca de los Apóstoles.—Higuera donde se ahorcó Judas.—Piscina de Siloe.—Pozo de Neemias.—Suplicio de Isaías.—Accéldama.*

### I.

A las seis de la mañana se presentaron en mi celda, tan cariñosos como siempre, fray Manuel Yuvero y el dragoman Rafael. Yo comencé á prepararme, y me extrañaron mucho las siguientes frases de fray Manuel Yuvero, que consigno aquí, porque ponen de relieve las precauciones que hay que tomar para vivir en la Palestina.—"Segun he observado estos días, me dijo, vd. trae revólver."—"Sí, señor, le contesté."—"Pues creo muy conveniente que vd. lo lleve," repuso. Sorprendido yo en extremo, respondí: "Que no lo había toma-



do porque, segun nuestro plan, no íbamos á separarnos casi de los muros de Jerusalem.—No importa, añadió; vamos á pasar junto á la aldea de Siloe, y los habitantes de esa aldea son beduinos de lanza, que no reconocen ni respetan al pachá; y no solo debe vd. llevar el revólver, sino al pasar junto á Siloe, tomarlo en la mano para que lo vean: sin armas es imposible andar por esa parte. Yo me ceñí el revólver á la cintura, y bajando los tres la escalera, salimos á la calle; despues de atravesar algunas, entramos en la de la Amargura, que cruzamos en toda su extension. Muchas veces fui á visitar el Santo Sepulcro durante mi permanencia en Jerusalem, y muchas paseé tambien la célebre calle donde está escrita en caracteres de piedra, con resto de columnas y lápidas quebradas, parte de la Pasion de Cristo. Saliendo por la puerta de San Estéban, nos encontramos en el campo: el cielo aparecia tan puro como de costumbre; el calor se insinuaba tan fuerte como los dias anteriores; pero como aun no brillaba el sol en aquel festonado y caprichoso horizonte, bello confin del cielo y la tierra, que forman los últimos olivos y las últimas higueras del monte Olivete, se disfrutaba un estar placentero. Allí montamos en nuestros burros, y guiados por un múcaro, salvamos el torrente Cedron, nos torcimos un poco á la izquierda, es decir, hácia el Norte, subimos sobre ciento cincuenta pasos por el valle de Josaphá, falda y ladera, como ya sa-

bemos, del monte de las Olivas, é hicimos alto en una plazuela donde se levanta una ermita que llaman *Basílica*, con la puerta hácia el Sur. Esta Basílica, cuya fachada la adornan multitud de columnas y archivoltas ogivales, encierra en su seno los sepulcros de San Joaquin y Santa Ana, el de San José, y sobre todo, en el lugar preferente, el en que descansó tres dias el cuerpo de María. Una ancha escalera de cuarenta y ocho peldaños; yo conté cuarenta y siete; el padre Livinio en su guía pone cuarenta y ocho, sin duda porque considera como peldaño el quicial de la puerta, que yo no consideré como tal; una ancha escalera de cuarenta y siete ó cuarenta y ocho peldaños, conduce al fondo de la capilla, que forma una cruz latina, y que es espaciosa, pues mide próximamente treinta metros de largo por ocho de ancho. Al pisar el sétimo peldaño se encuentra á la derecha una abertura en el muro, y se sospecha que éste sea el sepulcro de Melisenda, esposa de Fulques, rey de Jerusalem en tiempo de los cruzados. Quince peldaños más abajo, ó sea en el peldaño veintidos, á contar desde la puerta de entrada, se abren dos grutas á derecha é izquierda de la escalera, la una frente á la otra; estas dos grutas, que los frailes nombran *capillas*, contienen: la de la izquierda, los sepulcros de San Joaquin y Santa Ana; la de la derecha, el de San José. Cuando ya se ha llegado al fondo de aquel templo, donde arden multitud de lámparas y donde se respira una



plácida calma, que templá el corazon cansado de las agitaciones del mundo, se encuentra á la derecha una pequeña capilla cuadrangular, cuyas paredes de roca viva ocultan flotantes tapices de seda: en aquella misteriosa capilla se alza, adherida al muro, una banqueta de piedra revestida con planchas de mármol; un altar hueco, del que pendien veintiseis lámparas, se levanta sobre aquel banco de piedra, y junto á aquel banco de piedra se arrodilla el viajero, que impelido por el fervor religioso llega de lejanos países, porque aquel banco de piedra es *el sepulcro de María*. Allí reposó tres días la Madre de Cristo, la mujer más santa y más pura de la tierra, la flor de Jericó, la estrella de los mares, el refugio de los pecadores, el consuelo de los afligidos! Yo he visto la casa en que nació, allí..... junto al templo de Jehovah; yo he visto el lugar en que su alma fué ahogada por la más honda pena, allá..... en la cima del Calvario; yo he visto el lugar en que, despues de muerta, permaneció su cadáver algun tiempo, allá..... pasado el torrente Cedron, en el valle de Josafá, al comenzar el monte Olivete... y hoy en que aún enfermo, consigno en estas páginas mis recuerdos y mis impresiones de aquellos Santos Lugares, experimenta mi alma una tierna, suavísima afeccion.

En el fondo de la basílica, no léjos del sepulcro de María, se ve un altar perteneciente á los armenios no unidos; cerca de éste, otro pertene-

ciente á los griegos no católicos; y cerca de los dos un pequeño ábside donde oran los musulmanes, que tambien los musulmanes de Oriente veneran á Cristo, á quien llaman *el espíritu de Dios*; y á la Virgen, á quien proclaman *la más grande y la mejor de las mujeres*. Yo que de niño te adoré, Inmaculada Concepcion, en los humildes templos de mi pueblo, ¡con qué placer, con qué enagenamiento te he adorado en Jerusalem en la gruta en que naciste, en el monte en que atravesó tu pecho la espada de dolor, en la tumba en que dormiste durante algunos dias el dulce sueño de la muerte.....!

## II.

Cuando salimos de la basílica del sepulcro de la Virgen, anduvimos á pié algunos minutos por un sendero á manera de callejon, que se extiende á la izquierda; llegamos á otra ermita de aspecto severo, y abriendo una pequeña puerta de hierro, bajamos una escalera de ocho peldaños, y entramos en aquella religiosa mansion. Esta mansion es una caverna abierta en la roca, de forma irregular, que cuenta once metros próximamente de largo, y próximamente ocho de ancho. Se conserva en su estado primitivo, recibe la luz por un agujero abierto en la parte superior, y se conoce con el nombre de "Gruta de la Agonía." ¡Qué si-



lencio tan majestuoso reina allí! A la opaca luz que penetra por el alto agujero, y á la luz vacilante de las lámparas que allí mantiene siempre encendidas la piedad cristiana, se descubren tres altares, uno á cada lado, otro en el frente. Debajo del altar del frente se percibe en el suelo una señal; esta señal determina el punto preciso en que se apoyaron las rodillas de Cristo aquella noche terrible, aquella santa, tremenda noche, en que el Dios-Hombre, dando cumplimiento á las Sagradas Escrituras, oró al Padre por las generaciones pasadas, por las generaciones presentes y por las venideras generaciones: ¡aquel es en el mundo el pedazo de tierra que recibió el amargo sudor de Cristo, aquel sudor que era como sudor de sangre! Y por si acaso alguno de los que entran en tan sacrosanta gruta necesitara que una voz eterna le recordara este hecho, al fulgor de las lámparas se descubre estampada en la roca la siguiente inscripcion, que llega al alma: *Hic sudor ejus factus est sicut guttæ sanguinis decurrentis in terram..... Aquí, aquí mismo fué donde derramó su sudor como gotas de sangre, que caia hasta la tierra.*—San Lucas, cap. 22, v. 44.

En aquella gruta oró Cristo la noche en que se disponia á morir por el hombre; en aquella gruta dió al hombre el santo ejemplo de resignacion, cuando en su cruda agonía exclamó: *Pater mi, si possibile est transeat á me calix iste, verumtamen non sicut ego volo sed sicut tú..... Padre mio, si*

*es posible, pase de mí este cáliz, mas no se haga como yo quiero, sino como quieres tú!* En aquella gruta oró, y suspendiendo su oracion tres veces, tres veces fué á visitar á los Apóstoles, y las tres veces los encontró dormidos. Humanidad..... y tú á quien en aquella noche de celestiales misterios simbolizaban los Apóstoles, has de estar tambien dormida cuando tres veces te llame Jesus? ¿Has de estar dormida siempre á la voz de Cristo? ¿Santa gruta de Gethsemaní..... Qué recuerdos tan vivos brotan de tus ásperos muros..... Qué emociones tan grandes produce en el ánimo tu imponente silencio.....!

### III.

Tomando luego la falda del monte Olivete, y marchando siempre hácia el Sur, pararelos al torrente Cedron, pero trazando las curvas necesarias aunque dejáramos más de una vez el sendero, para ver los objetos dignos de estudio que se ofrecen al paso, seguimos rozando con la pared del huerto de Gethsemaní, y allí contemplamos de nuevo el lugar en que Judas dió el traidor beso á su divino Maestro. Este lugar maldito se encuentra señalado con un pedazo de columna incrustado en una especie de ábside, en que termina un callejon, que forma la roca y la actual pared del huerto de Gethsemaní.



Continuando hácia el Sur, y á ciento veinte y tantos pasos de la *Gruta de la Agonia*, se llega á lo que en Oriente llaman la *Roca de los Apóstoles*; esta roca que hoy forma un lugar pedregoso, es el punto en que quedaron los Apóstoles queridos San Pedro, San Juan y Santiago, cuando Jesucristo se retiró á orar. *Et ait illis: tristis est anima mea usque ad mortem..... Y les dijo: mi alma está triste hasta la muerte; esperad aquí y velad.* Antiguamente se levantaba en este punto una pequeña ermita, hundida la cual, se presenta el terreno sin adorno, sin monumento alguno. Avanzando por el camino que nosotros llevábamos, se disfruta sin cesar del grato panorama que á la derecha ofrece la ciudad de Jerusalem contemplada á un golpe de vista. En sus formidables muros se ve una puerta tabicada con gruesa pared, puerta que coincide con las extensas ruinas del templo de Salomon y que hoy llaman los cristianos *Puerta Aurea* y los árabes *Bab el-Darahie*. En esta puerta se encontraba San Joaquin cuando el ángel le anunció que su mujer pariría una niña, á quien pondría por nombre *María*, la cual había de ser Madre de Cristo; por esta puerta hizo Jesus su entrada triunfal el Domingo de Ramos en la ciudad deicida; y los árabes tienen cerrada esta puerta con fuerte muralla, porque creen que por ella han de tomar los cristianos á Jerusalem un viérnes.

Abandonando el valle de Josafá, nos dejamos caer por la falda del monte Olivete y fuimos á

atravesar el torrente Cedron, que no traía agua, por un pequeño y antiguo puente de mampostería, cuyo puente visitan todos los peregrinos, no solo porque lo pasó muchas veces Nuestro Señor Jesucristo durante su vida carnal, sino porque lo pasó aquella célebre noche cuando despues de instituir en el cenáculo el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, marchó á orar en el huerto de Gethsemaní; porque se lo hicieron cruzar atado los escribas y fariseos y las groseras turbas, cuando despues de haberlo prendido lo llevaron á casa de Anás, y porque segun tradicion hebraica, desde aquel puente lo empujaron para que cayera al álveo, donde dejó impresas sus rodillas y su rostro en una roca que aún se conserva con gran veneracion de los frailes y de los peregrinos. Todavía existe el poético sendero por donde bajó Cristo del Cenáculo al huerto de Gethsemaní, que es el mismo por donde el pueblo judío lo subió desde el huerto de Gethsemaní á casa de Anás: agradable silencio vela este sendero, y algunas flores silvestres de humilde corola nacen en sus orillas. Yo me arrodillé en el fondo del torrente y besé aquella roca. Los naturales del país, que participando mucho del carácter patriarcal de sus antepasados, tienden á explicar la Biblia en sentido parabólico, sostienen que esta caída que Jesus sufrió en el torrente Cedron, se encuentra profetizada por David cuando en el salmo 109, versículo 7, dice: *De torrente in via bibet, propterea exaltabit caput.....*



*Del torrente beberá en el camino por lo cual ensalzará la cabeza.* Fray Manuel Yuvero, el dragoman Rafael y yo nos sentamos junto á aquella roca, de espaldas á Jerusalem, y miétras disfrutábamos los encantos de la mañana, contemplábamos el delicioso pero triste panorama que á nuestra vista ofrecian el valle de Josafá y el monte de las Olivas, cuyo festonado horizonte se dibujaba gracioso en un cielo azul surcado por los primeros arreboles del sol saliente. En la Ciudad Eterna y sus inmediaciones todo es patético, todo es lúgubre, todo conduce al recuerdo de un algo grande que allí pasó, todo impele al espíritu á la oracion. En aquel instante placentero en que nos saludaba la mañana, ni las brisas oreaban los olivos ni se escuchaba el piar de los pájaros, ni el murmurar de los arroyos, ni el canto del campesino, que, como en España, fuera á su labor..... Allí no resonaba eco alguno; sin duda que aquel pueblo se avergüenza de ser y se oculta en sus cavernas; sin duda que la naturaleza venera aún con su profundo recogimiento el insondable misterio, el santo sacrificio que un día se consumó allí..... porque aquel día, porque aquella hora..... porque aquel momento..... el momento en que espiró Cristo, siempre pertenece al presente, nunca caerá en el pasado y es para el hombre tan grande como el universo, grande como la eternidad.

Volviendo luego á cruzar el puente, tomamos otra vez el valle de Josafá, ó sea la falda del mo n

te Olivete, y caminando despacio hácia el Mediodía, vimos el sepulcro de Absalon, muy próximo al citado puente. El sepulcro de Absalon, notable monolito artísticamente esculpido en la roca, ofrece hoy un agujero abierto por ciertos investigadores que pretendian averiguar lo que habia dentro, y no hallaron nada. Avanzando algunos pasos hácia el Mediodía nos encontramos en el sepulcro del rey Josafá, que da nombre al célebre valle; es tambien monolito magnífico, pero está muy deteriorado: yo no entré en él, mas tengo entendido que en su fondo hay sepulcros bastante modernos. A ciento veinte y tantos pasos de distancia del sepulcro de Absalon, volviéndo un poco hácia el huerto de Gethisemani, existen las ruinas de una capilla que marcan el punto donde quedaron los ocho Apóstoles cuando Cristo se retiró á orar la noche de la Pasion. Andando sesenta ó setenta pasos, se levanta la tumba de Santiago *el menor*, llamada por los árabes *Divan-Faruso*. Este monumento en ruinas hoy, sirve para que los pastores cierren en él los corderos jóvenes mientras llevan al campo los rebaños. Asegura la tradicion que Santiago *el menor*, primo de Jesucristo, se refugió en aquella cueva la noche en que prendieron á Cristo, y en ella permaneció sin comer ni beber hasta que resucitado Cristo se le apareció en forma humana. Nombrado despues por San Pedro primer obispo de Jerusalem, fué precipitado por los judíos desde lo alto del templo y los cristianos le dieron sepultura en aquella caverna donde más adelante cons-